



VISTA DE LAS FERRERIAS REALES DE INDRET, CERCA DE NANTES.

Bajando por la ribera izquierda del Loira, desde Nantes hacia Pain-bocuf, como á unas dos leguas de la primera de estas dos ciudades, el viajero se deleita con el sorprendente golpe de vista que presentan las ferrierias reales de Indret. Edificados sobre la superficie plana y regular de una roca que baña el agua por todas partes, pero que sin embargo es bastante alta para dominar las mareas de mayor elevación, estos hornos inmensos, á quien los naturales llaman poéticamente *el respiradero del infierno*, ocupan una situación la mas pintoresca y encantadora.

Enfrente de Indret está la hermosa aldea de Basse-Indret, que estendiéndose sobre la ribera sus numerosas y blancas casas de techos resplandecientes. Esta aldea conserva algunas de sus costumbres tradicionales en lo concerniente á los antiguos usos religiosos de Bretaña. Todos los años hacia el día de Navidad, los jóvenes de ambos sexos se reúnen para decorar á expensas propias y con algunos carros y taburetes un vasto espacio, al que hacen tomar la forma de teatro, cuyos asientos ocupan todas las tardes los vecinos del pueblo y de los alrededores. En este teatro se representa lo menos quince dias consecutivos una inmensa pieza en que los versos corren con la mayor libertad sin las trabas de la rima y de la cadencia, y en que cada estrofa se canta en un aire diverso, á la manera de esos famosos *poés-pourris* que hicieron la delicia de nuestros antepasados. Jamás en esta feliz tragedia (este es el nombre que la dan) faltan espectadores, jamás se ha oido resonar en aquel recinto ningún apóstrofe de reprensión, jamás ha podido la censura disminuir sus largos actos, jamás la indisposición de un artista ha impedido representación alguna, y si se juzgaran las obras dramáticas por el número y la sinceridad de los aplausos, la tragedia de la Basse-Indret podría vanagloriarse de ser la mejor de las obras dramáticas.

Nuestros lectores nos perdonarían el que nos hayamos apartado del objeto principal de nuestro artículo, en gracia de haberles hecho la narración de una diversion que no todos conocerían: y agradeciéndoles su indulgencia, volveremos á entrelazar nuestra corlada relacion.

Las fabricas reales de fundición de Indret fueron montadas en 1858

bajo la direccion del hábil mecánico Mr. Gengebre, y destinadas por el gobierno á construir navios de vapor.

Decir el poco tiempo en que fueron construidas las primeras máquinas, y el inmenso desarrollo que recibió el trabajo de fundición, sería bastante para hacer el mas bello elogio de estas ferrierias, si no viniere á empañarle la completa inacción en que se encuentran en el día, y lo atrasadas que están respecto á las fundiciones inglesas, que han conseguido en pocos años anteponerse á todas, impelidas en el camino del progreso por el poderoso empuje de la civilizacion moderna.

Pero las ferrierias reales de Indret, desconfiadas por el gobierno, no han podido sentir la fuerza de su empuje, y es muy triste ver unas fabricas que por muchas razones deberian ser las primeras de Europa, yacer en el doloroso estado de una inercia científica, tan grande como la que tienen las fabricas de Indret, en las cuales sin embargo trabajan una infinidad de obreros. Pero cuando se emplean mas brazos que inteligencia, solo se deja ver la industria á través de un prisma, empañado por el sudor que imprimió la maldición de Dios sobre la frente del primer hombre.

## DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

(Conclusión.)

### ARTICULO TERCERO

Pero otra victima mas segura y pronta debía inmolarse en obsequio del terremoto, como para aplacar sus iras y conjurar sus rigores, y en los primeros dias de junio viose maniobrar sobre la plataforma de la ancha torre del real palacio, una falange numerosa de peones, antes de saberse que su destruccion estoviese decidida, antes de divulgarse siquiera el daño que tan fuerte medida motivaba. Creyese al principio que se trataba de un reparo, despues de una rebaja de altura tal en otras ocasiones la ha sufrido; mas la piqueta serria abatida

7 DE DICIEMBRE DE 1901

de una y otro torcedo, y signo bajando, bajando siempre, sin que sepan donde han de dirigirse los brazos mismos que la manejan. Sin duda que á tan extrema resolución hubo de preceder un prolijo y concienzudo reconocimiento, y que de él debió brotar evidente y luminosa cual la luz de mediodía, la triste convicción de que inútiles serían los recursos del arte, para salvar al coloso de piedra, y que si las apariencias eran de solidez y perfecto á plomo en sus cuatro muros, las apariencias mentían, y que allí donde los ojos superficiales penetrando en el interior no veían tal vez sino ruinas y grietas de no difícil remedio, leyeron los inteligentes terribles síntomas de próximo y total hundimiento, al cual un prudente derribo debía anticiparse. Por esta vez no anduvieron lentas las consultas, ni complicadas los trámites, ni altulato el expediente, ni embarañosas las competencias, ni escasez los recursos, aunque no tan copiosos sin duda como la voz pública exagera, suponiendo 8,000 duros destinados á estas obras: sea como fuere, aquí mas pronto ni mas feliz despacho pudiéramos desear para tantos otros asuntos de pública utilidad y fomento que yacen bajo el polvo de las oficinas? Y ya que S. M., espuesto una vez el indicado peligro, ha consentido en que se destruyera el mas bello ornato y peculiar lisonomia de la mansión de sus augustos progenitores, pues no parece creíble que á vista del administrador de su Patrimonio, sin su beneplácito ó consentimiento siquiera, se procediese al derribo de una parte tan principal del palacio, en que la corona, desde remotos tiempos, otorgó generosa albuargue á los virreyes y capitanes; no nos resta ya sino deplorar el prematuro fin de este poético monumento, que á mas larga existencia parecia destinado.

No faltará acaso quien nos pregunte qué belleza y mérito á nuestros ojos encerraba aquel grupo descomunal de cuadrado torcedo, no ya de barbacana ceñidos ni de almenas coronados, solo por su elevación y adusto colorido recomendables; sin mas adorno que el de sus ventanas ó aljibes, la mayor parte tapiados; ó qué recuerdos contentan aquellos gruesos y sombríos muros, sino los toscamente esculpidos nombres, ó sofocados gemidos de los reos de estado que ángeles bandos ó cruces políticas allí sumieron. ¿Qué recuerdos queda? Los de una serie de dominaciones, los de una dinastía de reyes, la historia de las vicisitudes de no país á cuyos destinos presidió el permanente alcazar. Al rededor de este famoso en remota época, tal vez en la gotha, tal vez en la romana, la pequeña y fuerte ciudad que llamaron los árabes *Almudayna* ó *Mudayna*, como al rededor de esta se extendió mas adelante en semicírculo el resto de la población: su fortaleza consistió el cuerno y último reducto, que dominaba á principios del siglo XII la triple muralla de la plaza sarravena, y en el cual se guarecieron aún desesperado brío los musulmanes en 1115, estrechados por la vengadora espada de catalanes y pisanos; por aquellos muros cortados á picos sobre las olas descolgóse el valiente Diodor de Narbonne en la fuga que las naves del valiente Diodor le llevaron; y cuando los móviles castillos de madera de los sifadores ganaron como alburda su erizada altura, corrió la sangre por el pavimento, la llama por la techumbre de sus estancias, rodaron cadáveres precipitados por las ventanas, cadoó la cruz sobre las derruidas almenas. A la noble esbirra del poderoso Mujehid, señor de Denia, reemplazaron en la posesión de aquel palacio, como en la de toda la isla, los feques almora-vides, arrojados á su vez por los almohades, manteniendo allí todos un simulacro de corte, y gozando de sus pútreas riquezas en el seno de las delicias: pero trascorrido poco mas de un siglo desde el pasajero estrago de los de Pisa, á través de los umbrales de la real morada un conquistador mas generoso y humano, Jaime I de Aragón, apartando de ella el hierro y la tea incendiaria, y confiando sus tesoros á la custodia de un santo religioso.

Erigido Mallorca en reino independiente, el alcázar de la Almudayna pasó á ser verdadero real palacio; y cuando Jaime II en el último tercio de su reinado poseyó el fin tranquilamente la corona legada por su padre el Conquistador, adornó con obras magnificas su hermosa residencia, sin quitarle el carácter marino ni el aspecto helicoico. Entonces, en la primera década del siglo XIV, frente el uno del otro, el real palacio y el castillo de Bellver en la próxima colina, surgian á la vez y desenvolvian sus bellas formas, bajo la dirección acaso de un mismo arquitecto, Pedro Salvá, decorados al par sus salones por el púncel de Francisco Caballer; entonces la vieja mansión de los valses vio brotar en su seno la interesante capilla de Santa Ana, y sobre el mar y sobre el puerto, á mediodía y á poniente, tendió sus ojivales galerías, utilidades hoy por mas recientes fabricas, y se levantaron sobre los antiguos murellones gallardas torres de piedra, coronando ahoveadas y bajas estancias, y á las angostas sustentas reemplazaron gentiles ventanillas, y sobre el terrazo altísimo del homenaje asentóse en lugar de vigía el famoso ángel de bronce que le ha dado nombre. Allí en 28 de mayo de 1344, cerró los ojos el espléndido soberano; allí su hijo el bizarrísimo y enérgico rey D. Sancho, alternó sus pacíficos dias con los que en su predilecta villa de Perpignan gozaba; allí el infortunado Jaime III, nieto del II, desde su temprana juventud vio acunarse por el

lado de Aragón las negras nubes que le presagaban destronamiento y muerte. Hicieron después de reyes propios el palacio; pero alienado de residencia á los gobernadores de la isla, conservó la reflejo del esplendor y grandera de la ostentosa corte valloquina. Sus sucesores dirigieron los sucesos de Aragón en el mismo siglo XIV la visitaron; pero cada vez en perjuicio de Mallorca: Pedro IV para unida á su yugo, Juan I para arruinarla con sus exacciones y gastos. Paz y sosiego, tal nubes lo disfrutó en su agitada vida, aunque siempre bajo la suspicaz mirada de su tirano padre, halló hacia 1489 en aquehos vastos y desiertos salones, el tan infeliz como virtuoso Carlos de Viana, entregado por algunos meses al estudio y al retiro; y un escondido pero lijohaber encontrado, el entrar por su patio, el insigne emperador Carlos V, que descansó allí cinco dias, de 15 á 18 de octubre de 1544, antes de partir á su malhadada expedición de Argel. Honrar los huéspedes de sus régias salas, y los huéspedes de sus sombrías torres, y los espectáculos y festejos, y las escenas ya de luto ya de regocijo que á su pie han ido desfilando, seria recopilar en un breve espacio la historia y las costumbres de veinte generaciones, sus anales políticos y sus fastos criminales, sus glorias y sus revueltas, sus alegrías y desventuras: todas despertaron con aquellas bóvedas, todas dejaron sulco en aquellos muros denegridos.

Ahora bien: ya que los virreyes, generales y demás funcionarios en el vasto edificio alojados, al tenor de sus caprichos ó necesidades alteraron la primitiva estructura; ya que por el lado del mar se presentan renovadas sus dos filas de balcones, y con deformes escrocentías obstruida su fachada, al paso que hacia la huerta abren un caos de galerías, balcones y ventanas de todos fechas y tamaños, sin orden ni concierto distribuidas; ya que las salas del piso bajo y del principal se han modernizado todas, excepto el real oratorio privado, que por medio de una tribuna comúne con la capilla de Santa Ana rivalizando con ella en gallardía y desaparecerá el dia menos pensado sin haber obtenido de nadie un recuerdo, ¿qué le restaba ya al real palacio, para insignia de su helicoico origen y augusto destino sino la corona de torres eminente que por cualquier lado descolaba, humillando y comprimiendo las mezquinas obras particulares, y como proclamando su soberana pertenencia? Sobre la anchurosa zócalo, por cuatro angulares torres flanqueada, erguizala del ángel, que si bien rajada hasta el segundo orden en 1758, al año siguiente del formidable terremoto, de Lisboa, del cual llegó á la isla un débil eco, solo á la conligua mole de la catedral cedía en altura (1). Las altas bóvedas cruzadas en arco, los severos portales en semicírculo, los altos alfileres de las ventanas, ya sencillas ya partidas por esbelta columna, las molduras y arbotones de tapiada galerías, caracterizaban con los aposentos de las torres y los subyacentes á la zócalo; y á leve costa se las desenvolvía la distribución y forma que le dió su real fundador, trocándose otra vez de ligobres marmóras en risueñas y magníficas estancias. ¿Qué risada y esplendente se quebraba la luz de la mañana en los ángulos y recodos de las opacas torredones! ¿Qué triste luna! Cada luna tenía allí su encanto, cada punto su perspectiva. Pobres torredones amolados para seguridad de la población que un tiempo defendían, si operacion rebeldes al hierro destructor la halló durezza y perfecta trabazón de los sillares; resonando con los golpes cual si de bronce fueren, al menos no hubieron de ser apuntalados para prestar pié firme á sus demolidores! ¿Pobre terreno del homenaje, ayer el perfil de un ángel protector cambiabáse con las enmudecidas agujas de la Seo y con la majestuosa nave de Santo Domingo, diseñando sobre el azul de los cielos un bello grupo que de lejos saludaba el navegante; mañana descubrirá en su lugar un espantoso vacío! ¿Necios lamentos, dirá alguno, ó propósito de un montón de piedras! Pero piedras y torredones forman ese mágico ser que se llama patria, y los puntos culminantes son los riesgos de su lisonomia. ¿Diréis tambien, necio amor de la patria?

Y el ángel contemporáneo de la torre, que vino á fundir de Perpignan Francisco Campredón, con torques y mecha (26 duros) de salario al dia, que Jaime II impaciente de verlo, hizo traer á Sineu de donde á la sazón residia, para examinarlo á su gusto; que plegadas y casi rugosas las alas, caida hasta los piés la vestidura, armó el pecho como de una coraza con aquellas palabras divinas et *terribis corae facies est*, tendido el brazo durante cinco siglos y medio, señaló el viento con el dedo índice girando á merced de sus mudanzas, ¿cuál será el destino de esta interesante figura? ¿Pobre ángel! ¿tambien pendiente como de una horca te vimos el 6 de junio, y el 28, aun tendido boca al suelo en la azotea, bajo luces de madera, á pesar de lo que sublevaras y autoridades en salvarle se han interesado! Bien puede presagiar tu próximo y cruel destino, el dia en que viese avanzar de la torre púncel de San Miguel al ángel tu compañero: Dios te conceda mejor suerte fin. Ahora si bajas fuera de entre los escombrados, sin mas fiador el suelo ó púncel mas hospitalario, si la curiosidad de un aficionado no te evita por propia, irás, ángel casto, á ocupar un pue de albrigo

de la intemperie en ese invernáculo donde pierden su aroma y lozanía las flores arrancadas del nativo suelo, en esas salas de asilo donde se reúnen los objetos artísticos, huérfanos del edificio que los sostuvo, en ese cementerio, al fin, llamado Museo, que está por crear todavía; y la

soledad no te asuste, que en breve acaso irán á reunirse allá con los privilegiados destruidos y esculturas de los monumentos que en tu nos quedan.

J. M. CUADRADO.



IGLESIA DE MARCELLE.

Pocos son los que han detenido sus pasos delante de esta obra, cuya arquitectura corresponde al siglo XI: menos notable por su mérito intrínseco que por su antigüedad venerable, domina desde una altura el pueblecillo de Marcelle, situado no lejos del cabo de Finisterre, y sirve de descanso al curioso que visita sus pintorescos inmediaciones.

Marcelle fué en otro tiempo baronía feudal: su último señor construyó un pequeño castillo, cuyas ruinas se veían hace algunos años en el camino que conduce desde dicho pueblo á Coreubion, y se reducían á varios lienzos de muros derruidos, y á los restos de un torreón cuadrado. Esta clase de construcciones se ejecutaban entonces con piedra bruta, sin orden ni simetría, y carecían por lo tanto de los adornos y labores que tanto distinguen á las obras de los últimos siglos: es verdad que ganaban en solidez lo que les faltaba de hermosura.

Los alrededores de la iglesia de Marcelle ofrecen los puntos de vista más agradables que pueden observarse. Al norte se divisan unos altos montes, de los cuales se desprende un riachuelo que regala sus puras aguas al río Tambre, que desagua en el mar junto al cabo de Finisterre; grandes bosques abundantisimos en raza presentan agradable sombra que convida al descanso, y multitud de árboles frutales y de plantas odoríficas convierten durante el verano aquel país inculto en un bellísimo vergel.

El paraje que eligieron los primeros moradores de Marcelle para levantar su iglesia no es ménos agradable ni pintoresco. Y aquí debíamos notar que, generalmente hablando, las antiguas iglesias, que nada de particular ofrecen por sus construcciones, se recomiendan sin embargo por las respectivas posiciones que ocupan; lo cual prueba que los arquitectos de esos siglos remotos atendían más á la impresión religiosa que debía producir un edificio sagrado, que á la comodidad y á las reglas consuetas del arte, tal cual habia llegado hasta ellos. Buscaban únicamente el efecto en el ánimo de los fieles, ó lo que es igual, un medio poderoso para atraerlos á la oración y á todas las prácticas religiosas; porque á sus ojos el lado moral del arte era la parte princi-

pal á que se dirigian sus desvelos. Preciso es confesar que casi siempre llegaron á conseguir su objeto. Al presente hemos substituido al resultado moral la conveniencia razonada, y en vez de buscar el efecto, solo apetece el resultado práctico, principio excelente para los adelantos de la mecánica, pero que ha producido, como debía suceder necesariamente, todos los monumentos sin carácter, sin idea fija que deshonran la arquitectura contemporánea.

## LA BUÑOLERA.

En la noche del 2 de diciembre de 1545 llegaron, en Granada, cuatro soldados á una buñolera morisca que habia en el condeado de la calle de Elvira. Entraron de tropel, sentáronse en el zaguán, pidieron una libra de hojuelas con su correspondiente ración de meloja, pagaron adelantado, y sacaron para hacer boca un pellejo de vino de Chelo.

—Si vorcés quieren alguna cosa más, díganlo, y su boca será atendida.

Así dijo la viejezuela aljamiada que hacia los honores de la casa, y puso sobre el banquillo delantero una fuente de peltre colmada de hojuelas: las picaras estaban rubias como el oro, huacas y calientes; tres condiciones precisas que ha de tener para ser gustosa toda fruta de sarten.

—Que abra el candil y cierre esta portera, porque hace un gas que parece puñal de Albracet, según se cuele por las carnes: contestó uno de los soldados.

Al cumplir estas órdenes la buena comadre, se oyó un clamor de campanas.

—¡Dios lo tenga en su gloria! y parece pájaro gordo; estalló la vieja deseando aparentar mas religión de la que tenía.

—Duque de Sessa y Terranova, marqués de Vitoria, condestable de Nápoles y noble de Venecia: nada ménos.

—Y príncipe de los caballeros, y padre de los soldados.

—Y árbitro de reyes, y protector del pontífice.

—Y sobre todo, el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, dijo un soldado con los bigotes grises y la barba tostada por el sol de Cerinola y del Górellano.

—Recorramos por su alma: sufrió el mismo veterano enjagando muchas lágrimas; y quitándose el casco entonó un padre maestro ayudado por sus compañeros.

—Aman: murmuró entre sollozos la huérfana.

—Madre flama, hace bien en llorar, porque á Gonzalo Fernández de Córdoba debe su parroquia esta tienda.

—Muchas veces lo he oído decir, mas nunca pude alcanzar el cómo y por qué.

—Corra la tienda, puesto que son las ánimas, y lo contaré en amor y compañía vuestros contesó el viejo escudero.

—Bien por Uceda: dijeron todos á una voz, pues el cronista pasaba como excelente orador entre la soldadesca.

—Tomaré un trago para que pase un nudo que tengo atravesado en la garganta desde que oi esos clamores. Bebó.—Cómo sabé á la paz!—dijo; se limpió el bigote y los labios con el reverso de la derecha mano, y apartándose de la mesita para accionar mejor, comenzó de esta manera.

Hace veinte y cuatro años ¡qué tiempos aquellos!.... entonces apenas me apertaba el bozo: no habíamos ido á Italia, ni se habían descubierto las Indias; estos reinos de Granada eran de moros, vivía la reina Isabel, y mandaba con el rey los ejércitos.

Cinuenta mil hombres estábamos acampados en ese valle que hay frente á la puerta de Elvira, donde hoy se halla Santa-Pó. La gente nos agüerrida éramos andaluces; pero había de todas razas.

Por el mes de junio (1) ya estaban talados los campos del valle de Lecrin, y nuestras algaradas llegaban al corazón de las Alpujerras. Los fuertes interiores se habían arrasado, y podía llegarse á un tiro de flecha de las murallas de Granada, sin miedo á ser flanqueado.

En la noche vispera de San Juan Bautista, la reina, que era un angel, quiso que nos alegrásemos á uso de la tierra, y así se publicó á son de tambor por el campamento; ¡qué velada, muchachos! Á los mismos carmenes de la ciudad llegamos para recoger flores (que algunos trajeron salpicadas de sangre), y ramos de cerezo, de acacia, de páraiso, de azahar y de granado, para adornar las tiendas de las damas. Delante del pabellón de la reina, que ocupaba el centro, hicieron los valencianos un jardín con juegos de aguas y lotes de colores; frontera á la del rey armaron los ingenieros de las bombardas un artificio de pólvora nunca visto. Los gallegos y los suizos encendieron grandes hogueras que despedían llamas azuladas y riego nlor por las gajombas con que las alimentaban; alrededor de ellas bailaban en rueda, cantando al compás de las gaitas y tamboriles.

Por el lado que daba al cerro andaba lo mas riente de la fiesta: las cantinas y las bulonetas estaban iluminadas; todos eran corros de zarabandas y zarabandillos. Cantaban los genoveses romances en su lengua; hacían agüeros los gitanos; contaban cuentos á voces los mudéjares; hacían juegos con lanzas y ruchillos los almogavares, y recorrían las calles del real tropas de músicos con flautas, tamboriles, aliteros, alhoques, chirimías y trompetas, tocando las sonatas que más agradaban á la reina; aquello era un asca de oro; ¡de allí al cielo!

Pues señor, ramos el caso: en la tienda de la reina, todavía no se había quemado el campamento, tambien había sarao; como era el pabellón tan magnífica pieza, pues le regaló á S. A. el marqués de Cádiz, allí se hallaba reunido lo mejor del reino; el duque de Escalona, el conde de Tendilla, el de Cifuentes, el de Cabra, Hernán Pérez del Pulgar, que como un gigante sobresalía entre todos con su cabellera negra y lacia, que le cubría el cuello de león; el duque de Cádiz, fuerte como un roble, pero blanco de color y con el pelo castaño; capaz era este capitán de advitar los pensamientos á un muerto, y de meter su brazo por la costilla que eligiera de las de su contrario; el marqués de Villena, tan generoso de corazón, que estaba manca del brazo derecho por acudir en socorro de un siervo de suyo; D. Alonso de Aguilera, el conde de Peña, el Cardenal de España, y otros muchos caballeros formaban cerco alrededor del estrado del rey, de la reina y de la infanta.

Si buñeráis visto entonces á la reina Isabel! tenía cuarenta y un años, y era tan hermosa que diámana mujer ha visto que pueda compararse: el color como una rosa; los ojos azules, y tan vivos que parecían estrellas; las facciones todas bien proporcionadas, y el cabello castaño, al sol de oro, inspiraba su aspecto tanto respeto como la Virgen que está en los altares; y sin embargo, cuando uno se veía delante de ella, miraba de un modo tan dulce y daba tantas alientos con sus palabras bienhechoras, que le olvidaba uno de corrido

sus quejas lo mismo que si fuera su madre: tenía faldá sobre brocado de plata, tocado de Cambrá, y el cabello entretreído de corales. El rey estaba sentado á su derecha sobre una silla de campaña; ya lo conocéis y sabéis que gasta buena persona; pero entonces tenía treinta y nueve años, estaba mas derecho, mas alegre, y como que parecía otro al lado de los castellanos y de la reina Isabel. Aquella noche parecía muy bien con su jubón carmesí, sus calzas de raso amarillo, su sobrevesta de brocado, y arregrado el cabello, que por aquellos tiempos lo tenía castaño y mucho....

—¡Pero, Uceda, dónde se fué la aventura del Gran Capitán! Porque todavía no ha salido este á relucir.

—Gonzalo Fernández de Córdoba estaba al lado de la reina como alcaide de los donceles, tenía un año menos que el rey, y ahora comienza lo mejor de la historia.... Mas supuesto que me ha interrumpido, sirveme una hojuela y venga un trago.

Terminada la rueda del saque, proseguió Uceda su relato.

—Pues como iba diciendo á la buena compañía, Gonzalo estaba un poco mas bajo que SS. AA. y mas compuesto que todos los grandes; era á la sazón el mas gentil caballero del mundo; vosotros que le habeis conocido con un pié en el sepulcro, despues de veinte y cuatro años y de tantos trabajos, habeis visto que descollaba su noble presencia; pues juzgad lo que sería entonces.

Seguendo mi cuento, habeis de saber que todos los concurrentes al sarao y los mismos reyes estaban callados oyendo con atención al viejo Hernando de Zafra, secretario de SS. AA., y mas temido con la pluma que una escuadra de caballería á la carga. Contaba muchas usanzas de los moros, como entendido que era en su lengua, y refería el modo que tenían de solemnizar la velada de San Juan, al que ellos tienen tambien devoción, sino que como perros, solo hacen agüeros de mojarse el cabello las esclavas, y otras heridencias, añadiendo que se relucaban con hojuelas y buñuelos dulces que trabajaban con singular perfección.

—Mucho que me gustan esos buñuelos, dijo la reina, si están calientes y bien aderezados.

—Pues los que labra una morisca, no mal parecido, en la tienda del comedío de la calle de Elvira, habían de ser del agrado de S. A., pues los vende hasta para el rey de Granada.

—No provoques, Hernando, mi deseo con tus celebraciones, que ya me parece estan haciendo falta esos dulces para una buena reunión, repuso la reina con mucha gracia.

Gonzalo Fernandez de Córdoba que no quitaba los ojos de la reina Isabel, aunque con religioso respeto, apenas hubo oído estas palabras, salió sin ser notado de la tienda.

Pocos momentos despues, sería las once de la noche, le vi cruzar como un relámpago, envuelto en un albornoz blanco, cubierto con la capucha, solo, y montado en un caballo negro que se había los vientos; uno de esos potros que él solo sabía educar, y que educados eran envidia de los reyes.

Antes que el pensamiento (y el campamento estaba dos leguas), llegó á un portillo que habían hecho en la muralla por el lado de la puerta de San Gerónimo las aguas del caz que servia de foro: este portillo se hallaba guardado por una compañía de ballesteros. Detuvo al Gran Capitán una patrulla al trepar por los escombros que cubrían el foso; dijo algunas palabras en la lengua de los moros, y mientras vacilaban en dejarle ó no pasar, impaciente él que tan de prisa iba, ayudó al caballo, que derribó con los pechos á los delanteros, saltó la banda de sacos de tierra que cerraban el portillo, y diciendo algunas palabras de mando á los soldados espantados, se fué derecho hácia la mezquita mayor. Cuando se pusieron los peones de acuerdo con la patrulla y quisieron hacer gritos, ya no se oía ni el eco de los castos del caballo.

Nuestro capitán rodeó la mezquita mayor, donde ahora hacen la catedral, pasó frontera al palacio de los infantes de Granada, y poniendo el caballo al paso de andadura, como si fuese un arriero, llegó á esta buñolera donde ahora estamos (2).... Pero demos otra vuelta al odre, que se me están las fauces.

Bañó el veterano y bebieron todos, saboreando unas estalvas espidas que la vieja había añadido por reconocimiento al narrador; y despues de tomar y escupir, continuó el soldado de esta manera:

—Seguendo con mi cuento adelante, habeis de saber que como era noche de San Juan, y famosa la huñolera, estaban las puertas cerradas y flanqueadas por una muralla de perros moros, que se cobaban y empujaban dando aullidos cada cual en su tozo, pero que le despiachasen pronto.

El alcaide de los donceles se bajó del caballo, le arrojó la brida sobre el cuello, y haciendo ariete de sus puños, rompió el grupo y se abrió paso: llegó al mostrador, y siendo un puñal de esmeralda, le dijo á la buñolera, que era una graciosa mora:

(1) Por las fechas del cuento se refiere al año de 1501.

(2) Hoy se conserva en esta buñolera con la misma forma morisca, frente al pilar del Toró, haciendo esquina á la calle de la Catedral.

—La mejor de la tienda ponédmelo en un cestillo, de modo que pueda resistir un viaje, y dobraros lo que gustéis.—Esto amesando las monedas.

Al oír la buñolera aquella voz tan imperiosa, y aquellas palabras que no eran propias de esclavos, dejó la hacienda que tenía entre manos, y sin respeto al rigoroso turno que tenía establecido, cogió las mejores hojuelas, las flores que acababa de dejar en el molde, los trufillos más rubios, y entra yerba-buena y torongil los acomodó en un cestillo de mimbrés de colores que costó con un junco.

Tomó el caballero la cesta, pasó el asa por su brazo izquierdo, y al arrojar sobre el mostrador los adirjanas de plata y oro que tenía en la mano derecha, derramó gran parte en el suelo. Cayeron sobre ellos como cuervos los esclavos y gente cilla que rodeaban la tienda, y la graciosa morena interesándose por tan rico marchante, cogió el cestillo que pendía del umbral, y adelantó su brazo y su talle, inclinando todo el cuerpo hacia fuera para que se viese mejor dónde habían caído las monedas.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, que llevaba estudiado todo esto, aprovechando aquella coyuntura, cogió por la cintura á la morisca, y levantándola como una pluma, la sacó de la tienda como quien arranca un clavel. Se apagó el candilón, cayendo sobre los codiciosos buscadores, empezó á gritar la moza y á alborotarse los presentes con la novedad del caso; pero el alcalde, sin detenerse ni aun á tomar la brida, se colocó de un salto sobre su caballo, sujetando entre tanto á la buñolera por la crencha, y poniéndola después en el arzon, desenvainó la espada, sacudió unos cuantos reveses á los que le habían asido, y encabritando el caballo para cobrar las riendas, salió como una flecha por la calle de Elvira, dejando en pos de sí una algazara infernal y una alarma tumultuosa.

Muchos en su armadura, en su rostro mal encubierto por la capucha, en los arneses del caballo y en la espada, habían conocido que era un cristiano, y algunos esclavos y tornadizos aseguraron ser el marqués de Cádiz ó el Alcalde de los donceles. Con esto se aumentó el ardimiento de los que le seguían, guiados por las chispas que arrojaban las herraduras, y como entre ellos iban algunos soldados, pusieron en alarma la ciudad. La buñolera por su parte no se desolaba; como una leona pugna por desahirse, y sin reparar en el peligro, por arrojarle al suelo: con sus descompasados movimientos el potro se desacomponía, y con los gritos desgarradores de la morena que pedía socorro sin fatigarse, el animal no veía la voz de su amo, y se desahía en aquellas calles desconocidas; mas á pesar de todo, el buen caballero llegó á la calle de la Atacaya, dejándose muy atrás á sus perseguidores, cuyas voces de alarma apenas distinguía.—Mayor peligro le esperaba en otra parte.

—Dios le tenga en su mano, que á fé miá interesa la aventura, y es de un valiente caballero: dijo la vieja aljamaída.

—Pues cómo iba relatando, continuó Uceda, Gonzalo corría por las callejuelas estrechas del barrio de la *roula*, hasta que vino á dar en el mismo portillo por donde había entrado; pero la perra morisca, viéndose perdida si el caballero lograba salir de la ciudad, redobló sus gritos y consiguió alarmar á toda la guardia, que apresuradamente se puso en son de guerra con las ballestas armadas para cerrarle el paso. El Alcalde envió con el alboruzo á la cautiva, la cubrió con su casco para defenderla de las arrojadas y alargar sus gritos, aplicó los ácaros al caballo y se arrojó sobre los moros mal agrupados en la brecha. Dispararon estos al buito sus ballestas y azaguyas, mas no tocó ninguna al ginete ni á su presa, porque el caballo obedeciendo á una águila especial, se bajó hasta tocar con su vientre la tierra, y pasaron por cima de caballo y caballero las flechas y las lanzas. Los contrarios creyeron muerto al robador de la morisca quejumbrosa, pues Gonzalo había hecho de propósito arrodillar al potro, y se vinieron en desorden sobre él para rematarle ó prenderle, libertando á la cautiva. Ni visto, ni oído, mordió el primero la tierra de una cuellada de estorco puntas, y arrancando el caballo, pasó por entre ellos á escape, repartiendo fejas, de esas que caben á uno por hombre. Bajó el potro por la pendiente de escabrosos del portillo brincando como un cozo, y Gonzalo, ya desde la vega, gritó á los que le tiraban piedras y flechas desde la muralla:

—¡Torpes! ¡Habéis dejado mal Alcalde de los donceles!

Cuando acabó la frase estaba una milla de la ciudad, seguro, si puede tenerse en campo enemigo: oyó las alaridas de una patrulla que venía en su seguimiento; pero ignora á quien un relampago, ni abraza el arco iris. El caballo sacudió las mires, y agitando las orejas igualó la carrera, y antes de un credo arrió el Gran Capitán la primera avanzada de nuestro campamento: ya era tiempo, porque el animal había hecho su último esfuerzo á la voz de su amo, y comenzaba á dar respaldos. Gonzalo le puso el freno porque quedaba media legua, envainó la espada, arrojó el alboruzo, y le quitó el casco á la morisca que se había desahogado.

La luna los hallaba de nuevo, y el Alcalde reparó que era la buñolera como un plato de oro; desplomada sobre el brazo del caballero, recostada en su pecho, enleó el caballo y con el seno descubierta, hubiera provocado á un hidalgo menos sumplido y honesto que el Gran Capitán. Pero los voy á dejar como adelante, puesto que ya divisan las hogueras del real, y mientras que el caballero pulsa en las sienes á la cautiva, y se conviene de que no está mas que alentarla, voy á contaros lo que sucedía mientras en la tienda de la reina.

Continuaba la reunión, y después de oír á una música que dieron á SS. AA. los trompeteros de la caballería, siguió Hernando de Zafra ocupándose de los festejos que estaban haciendo los moros granades, de su mercado de flores en Bab-Bambá, de sus ensalmos para buscar tesoros, de sus procesiones devotas por los cerros de los Aljibes, y los alrededores de Bib-Tamvin.

—Gonzalo, repuso la reina, podrá decirnos también algo de eso, porque turbó una de esas hechicerías, cuando quemó los molinos que había hácia esa puerta. ¿Pero dónde está el Alcalde de mis donceles?... —Pido licencia para entrar, dijo un páje, y presentar á S. A. una cosa que será de su agrado.

—Concedida la licencia, contestó la reina con la sonrisa en los labios. Apareció entonces Gonzalo de Córdoba con el traje de corte lleno de polvo y salpicado de sangre, puso una rodilla en tierra con ese aire elegante y noble que ha conservado hasta su muerte, y presentó á S. A. el cestillo con las hojuelas y las hojuelas, que parecían bien entre las flores, é hizo arrodillarse á la buñolera, muña de terror y asombro, que no se creía desahetada aun.

—¿Qué es esto, Gonzalo? ¿De dónde vienes tan de batalla con esas frutas de sartén y esta mora? preguntó la reina haciendo señal al caballero para que se levantara.

—Señora, si decir no ha mucho á V. A. qué estaban haciendo falta estos buñuelos para tan buena compañía, y he ido á Granada á la tienda del comedió de la calle de Elvira por ellos, y por si no llegaban calientes, he traído á la buñolera conmigo, que podrá hacerlos á gusto de V. A.; por eso le suplico se sirva aceptarla por esclava, y á mí me perdone el haber faltado de su servicio por tan corto rato.

—Locuras heroicas, como siempre; dijo la reina dándole á besar su mano.

Un murmullo de asombro circuló entre los capitanes, aunque entonces era para todos fácil lo imposible, y Pulgar se mordió los labios de ira consigo mismo, porque no se le había ocurrido tal idea.

Los buñuelos se consumieron entre todos. La esclava se hizo cristiana, y ahora tiene tienda en Valladolid: y como dicen las viejas, yo fui y vine y no me dieron nada (4).

J. GIMENEZ-SERRANO.

### Ultimos días de Juan Chouan.

Después de la destrucción del ejército vendéense y la muerte del príncipe de Talvaon, la posición de los insurgentes de la Baja-Maine, mandados por Juan Chouan, se hizo muy difícil: queriendo hacerse olvidar por algun tiempo esta última, se retiró hácia las fronteras de Bretaña. Desde allí supo que los republicanos de Krué, se habían extendido por las tierras de Bourgon para cortar las bayas que favorecían las emboscadas de los realistas, y al instante condujo su tropa á aquellos lugares y los batió en un estrecho llamado *hougfens*; pero la misma tarde una columna de guardias nacionales puso en fuga á su tropa y tuvo necesidad de refugiarse otra vez al bosque de Misdon. De allí salió nuevamente para desahuir á los patriotas del distrito de Bacquiner y de Andouillé; los herreros de Port-Brillet, que le salieron al encuentro, fueron dispersados, cayendo dos de ellos prisioneros en manos de los chouanistas. El uno de ellos fué fusilado inmediatamente, y el otro, que era casi un niño, lo hubiera sido tambien á no haberle visto Juan Chouan, quien empezó á gritar:

—¡Eh, no tires! no prohíba matarle, yo respondo de él, desahuido el que le haga daño.

Esa vez empleaba Juan Chouan la amenaza; pero una vez que hubiera empuñado, era muy peligroso el desahocerle; así que le entregaron el prisionero. Este vestió el uniforme republicano, el que Juan Chouan le obligó á ponerse del revés, mandándole que fuera siempre á su lado; como lo hizo por largo espacio, hasta que ya rendido de cansancio, se detuvo diciendo:

—No puedo seguir más, maladame el querele; pero no pasaré de aquí.

(4) Como Uceda había querido á todos los personajes que se mencionan en su novela, y había servido bajo sus banderas, hasta su muerte, leyóme amigo, que era su nombre y en sus descripciones hay cosas verdad, como si hubiera conocido las aventuras de Uceda y del resto de los personajes, la historia de Primitivo la crítica de Ferris, de algunas de sus aventuras, la obra de Ferris - la de Quintana, la de Pulgar, la de Uceda Sando y una lista de nombres que he tratado de dar algunos de ellos.



(Últimos días de Juan Chouan.)

—¡Infeliz! le respondió, no tengas cuidado, nada te hará, quédate aquí según desees, y cuando los republicanos te encuentren, diles que nos seguías á la guerra. Adios, que el cielo te proteja; quizás un día me puedas pagar lo que ahora hago por ti, cuando oigas decir que Juan Chouan es un perdido.

Quisieron los realistas reunirse cerca de la laguna de Olivet, pero les faltaron las municiones, y nuevamente fueron dispersados por los republicanos. En este caso Juan Chouan concibió la idea de robárselas á sus enemigos, y la llevó á cabo internándose de noche con un tal Gouph en la ciudad, y asaltando el almacén de las municiones, para lo que tuvieron que saltar una porción de tapias y burlar la vigilancia de un sin número de centinelas. Empresa atrevida, y que solo Juan Chouan se hubiera atrevido á poner en ejecución.

Al siguiente día los republicanos hicieron prisioneros á sus dos hermanos, las que no habiendo tomado parte en las empresas de sus hermanos, y fiadas en su juventud, creían no tener nada que temer: sin embargo, fueron conducidas á Bourgneuf, y desde allí á Laval.

Cuando Juan Chouan lo supo, se decidió á salvarlas á todo trance, y aunque tenía pocos de sus partidarios cerca de sí, eran estos los mas valientes, y todos juraron por su alma secundar sus proyectos.

Con efecto, aquella misma noche consiguieron anteponerse á los republicanos que las habían apresado, y formaron una emboscada en el camino por donde habían de pasar. En tanto que esperaban á que los republicanos llegasen, Juan Chouan recorría con la mayor impaciencia todos los puntos donde estaban apostados sus compañeros, diciéndoles con las lágrimas en los ojos: —No es verdad, amigos míos, que no me dejareis aquí solo? —No, no lo temas: estaremos aquí todo el tiempo que tú quieras; —le contestaban.

El día siguiente se pasó en esperar, pero en vano; los republicanos habían tomado otro camino y llevado á sus hermanas á Laval, donde fueron juzgadas y ejecutadas.

Desde que supo esta noticia Juan Chouan permaneció siempre triste y abatido, y se le oía repetir á cada momento: — Es una des-

gracia que á todos nos alcanza; no tardará en pesár igualmente sobre mí.

Desde este momento sus ataques contra los republicanos eran menos frecuentes; rehusaba tomar parte en muchas expediciones diciendo que no quería llevar á ellas su mala suerte. Pero cuando supo que los republicanos habían abandonado á Saint-Ouen, se decidió á marebar sobre este punto con objeto de proporcionarse municiones y vestidos para su gente. Pasando cerca de la Babinère, se detuvo á refrescar invitado por un arrendador. Había dejado un centinela en el camino, pero como este abandonase su puesto, cayó sobre él y su gente una numerosa tropa de republicanos. Pusiéronse en fuga los realistas, y Juan Chouan se hallaba ya lejos y al abrigo de las balas del enemigo, cuando oyó á la mujer de su hermano que le llamaba en su auxilio. Volvió inmediatamente á socorrerla, y para darle tiempo de salvarse hizo frente á los republicanos; pero una bala vino á darle en la caja del tabaco que llevaba en la cintura, y la rotó en mil pedazos que le entraron hasta las entrañas: sin embargo, pudo llegar arrastrándose hasta un castaño, donde cayó sin sentido.

Sus gentes, que no le veían venir, buscándole por todas partes, llegaron á encontrarle tendido sobre la yerba, y colocándole sobre un paño cuyas cuatro puntas llevaban cuatro de sus más íntimos compañeros, le condujeron al bosque de Misdon, donde le hicieron una cama con la ropa de todos. Con estos auxilios se reanimó un poco, y dando algunos consejos, designó á Delière por su sucesor, y apiló en los brazos de sus camaradas.

## EL PASIEGO.

En una de las provincias del norte de España, hay una comarca cuyos habitantes con sus costumbres y hábitos llaman la atención por curioso y del observador: es la tierra de Paz, en Santander. Se compone de tres pueblos ó asentamientos, que son: La Vega, San Pedro,

el Roseral y San Roque de Romiera ó de Rio Mera. Toda la llanura comprenderá más ó menos cinco leguas de estension, regada por el río del mismo nombre, el Pas, que uniéndose sucesivamente con otros varios de menos importancia, atraviesa por las valles de Toranzo y Pálagos, y pasando por debajo del puente colgante de Carandía y por el de piedra de Aca, se dirige á desaguar en la costa de Cantabria. La tierra de Pas tiene también montañas, que son la parte de San Roque, cuyo terreno es escabroso, lleno de derrumbaderos y precipicios, la grava, estéril y de feo aspecto. La vega es fértil, está bien cultivada y provee de hortalizas, frutas y otros artículos comestibles á los pueblos circunvecinos, Selaya, la antigua capital de aquel país, Villacarriedo, actualmente cabeza de partido judicial, Las Bércegas, Sotilobañez, etc.

El Pasiego conserva algo de la tradicional independencia y arrogancia de los moradores de otros siglos: él no se baje á servir de cochero ó lacayo como el asturiano, ni de mozo de cordel como el gallego, ni tampoco de criada doméstica en mayor ó menor escala, como lo hacen los paisanos de otras provincias. El Pasiego procrea, ya permaneciendo en sus hogares ya alejándose de ellos, vivir libre y dueño de sí, no renunciando ningún año. Favorecido por las montañas en que nació, se consagra desde joven al contrabando, en cuya profesion se amaestra pronto con las lecciones y la práctica de sus padres y parientes: contribuyen poderosamente á este fin sus instintos y su constitucion física, pues en lo general el Pasiego es robusto, fuerte, temerario, además calculador, industrioso y listo en mas de un concepto. El que no es contrabandista, comercia en telas, trajes y baratijas de varias especies, y cuyo origen mas ó menos remoto puede ser asimismo el contrabando.

Los Pasiegos forman una nacion aparte como los jullios; se desparanjan por toda la provincia de Santander y por el resto de la Península, vendiendo sus cachivaches. Difícil será que el comprador deje de salir engañado en cualquiera mercancia; sino es en el precio, será en la cantidad de ella. Apenas hay villa ó lugar en Santander donde no haya un Pasiego que figure de mas rico ó entre los mas ricos del vecindario. Algunos empiezan tratando en quesos ó en clavos, á poco tiempo se hacen con una aca, luego ponen tienda y van juntando su capital, hasta que aparece en primer lugar en la matricula del subsidio de comercio. Otros se ingenan por diferentes vias, ora vienen de América con una pingüe herencia, ora se casan con una mujer muy acaudalada, y de vuelta á España emplean su riqueza con gusto y actividad, como el célebre pasiego D. Antolin Solana, que hizo construir en el muelle de Santander una de las mejores casas, si no la mejor de la poblacion, á igualmente algunas leguas de carretera desde su quinta de Arredondo hasta la Cábada.

El Pasiego en su estado primitivo, prescindiendo de las transformaciones que pueda experimentar, se distingue á tiro de cañon por su palo enorme, especie de varal gigantesco, parecido al árbol de San Cristóbal. El Pasiego y el palo son dos elementos necesarios para una misma existencia; mas que el ciego y el lazarillo, mas que el hijo único y el niño y la tontería, mas que la casta doncella y el deseo de pasar á otro estado, mas que el tramposo y las buenas palabras; esto es, que mas cosa no puede existir sin la otra: un Pasiego sin palo sería un cómico español sin apuntador, un ministro sin periódico semi-oficial y sin mayoría parlamentaria. El palo es pues el alma del Pasiego, y no significa esto que tenga alma de palo, en cuya particularidad abundaria en compañeros que no son pasiegos; sino que sin el palo falta un rasgo característico y esencial de nuestro protagonista. En sus manos es una arma ofensiva y defensiva, es palanca, es báculo, es remo, es escudo. Aquí le sirve para rechazar los golpes de cualquier arma blanda, y hasta de cuantas piedras se le arrojan; allí para saltar con una firmeza y una rapidez sorprendentes, un muro, una tapia, un barranco, no río ó cualquiera obstáculo de otro género que se oponga á sus rajes y escursiones: en esta cualidad deja muy atrás á los cabras y á los gimnastas y saltimbanquis mas ligeros; allí para eszar roncós donde pululan los criaderos y madrigueras, ó para llevar un fío de ropa, ó para levantar un peso haciendo el oficio de cabresante: el palo del Pasiego es la vara mágica ó el misterioso talisman con que hacen mil maravillas.

La raza de estos hombres podría servir para los oráculos, porque así como estos en la antigüedad, aquellos nunca dan una contestacion categórica; su frase siempre es ambigua y propia para toda clase de eventuals.

Si al llegar un viajero á una escaramujada de caminos, pregunta á un Pasiego por dónde se va á tal parte; primero se hace oído, y solo habla cuando se le indica uno de los caminos, cuando se le dice en tono interrogativo, y se por aquel entonces responde, *podrá que, podrá que*; pero al decir si no, y el interlocutor se queda en la incertidumbre. Si le preguntan cualquiera cosa que tiene á saber algo de su nombre, tide, situacion, etc., contesta con aire sonarros y con un sonido como de abierta faraca, *no sé, no sé*. Solá naturalmente mercaderes, colgados, y puede decirse de ellos lo que el señor Bara-

tilas, hablando en una importante cuestion del señor Arredond: *se le ve ir, pero no se le ve venir*. Cuando ocurre instruir una causa criminal como en el caso Pasiego, sucede que á veces no se le puede encontrar. Los habitantes de Pas tienen todos un sobrenombre ó apodo con el que son conocidos entre sí; va la autoridad á indagar quién es fulano, ó manda que se le presente; los vecinos afirman que allí no vivo semejante sujeto, ni saben que exista en la comarca; se recorre está, y no parece la persona á quien se busca; á tal punto llegan al compe-drago y la masoneria de estos montañeses, jamás se apesan, siempre se encubren y protegen: no lo harían mejor si fuesen individuos de una fraccion política.

Se cuenta que con motivo de una sumaria contra una mujer casada y con hijos, no le fué posible al juez saber el nombre y apellido de la procesada: interrogado el marido, declaraba que se llama su *weger*, los hijos esponian que se llama su *madra*, y los vecinos que se llama *fulano*; además, nada constaba en el padron municipal ni en los libros sacramentales. Los ayuntamientos de Pas no redarian por escrito los juicios verbales en una decision compete á los alcaldes; asienten que la ley se refiere á juicios verbales, y por consiguiente todo se ha de quedar en palabras. Estando yo en los baños de Molinar de Cervera en las Encartaciones de Vizcaya, llegé al mismo sitio un Pasiego acometido de dolores reumáticos, tan comunes allí por la continua humedad; se informó de que se lomaban ordinariamente de nueve á doce baños, y que cada uno duraba de media á una hora; con estos antecedentes se meto por la mañana temprano en una bañera, permanere en ella durante nueve horas; á pesar de las insistencias y advertencias del bañero, quien todo le dirige á falta de médico-director; y concluido aquel término sale del baño, coge su batillo y se marcha, diciendo que ya habia acabado la temporada. Si un forastero quiere si tal ó cual persona se halla en buena situacion, si tiene bienes, etc., al instante replica, *gábele algo, dítele algo?* con cuya locucion se duda si pretenden saber cuál es el acreedor ó el deudor.

Digamos ahora algo de las Pasiegas. Respecto al carácter caviloso, reservado, á su estilo anfibológico, á su predisposicion para el trabajo, á su laboriosidad, etc., etc., es igual al de los hombres. Manifestaremos solo los particulares que son relativos á su estado y sexo. Las Pasiegas son de buena estatura, de continente varonil, muy audaziegas, incansables en sus expediciones. Su traje es una saya corta y gruesa, dejando ver unas medias de lana, azul generalmente, y unas abaracas que usan por calzado, á veces alpargates grotescos: en la cabeza un pañuelo alado, no á la vizcaína, sino en forma de currucho, ceñido alrededor y al centro al descubierta. El cuévano es á la Pasiega, lo que el palo al Pasiego: en él trasportan su ropa, las mercancías en que trafican, sus niños á semejanza de las cuetas cabalenses, los encargos: él hace de saco, de cesta, de maleta, de baul. Es indudable que debiera adoptarse en todas las provincias, por ser preferible á otros muchos medios de conducción: la cesta ahorra la cabeza á unirse ver con libertad; el saco obliga encorvar el cuerpo hacia adelante, á incomoda en la espalda por crecer de costen, no siendo los brazos que ambos van ocupados; el cuévano no tiene ninguno de estos inconvenientes y por el contrario reúne todas las ventajas. Por trochales y vericuetos, por villas y por desiertos se va á las Pasiegas, solas ó acompañadas, andar diez, doce y mas leguas de jornada, con su cuévano á castillas, pasando de vez en cuando para descansar, y volviendo á tomarle con una facilidad suma, moviéndose con uniformidad y monotonía, á modo de ánade ó pato.

La Pasiega es de dos especies, ó mejor dicho, presenta en general dos estados diferentes y son diversos: sufre una transformacion como la oruga, que se torna mariposa; si bien no á todas cabe esta certitudinable de abandonar su primitivo género de vida, cual es poco mas ó menos el que va descrito, y puede denominarse, existencia vix-gabunda y errante, existencia pegada al cuévano y reducida á comerciar al por menor en queros, molos y pueros por lo regular, y en unas selinas y tejidas ordinarias, secundando el contrabando de sus padres, maridos, hermanos, etc. Empero muchas toman otro rumbo, vienen á las corte, se plantan en la plazuela de Santa Cruz, y colgadas en su rolizo sembrado y comestible, y en otras cualidades propias del ama de criv, hacen insertar en el *Diario de avisos*, uno de estos, cuyo tenor es con ligeras variaciones como sigue: «Fulsos de T. de 25 años de edad, non lerbá de cuatro meses, desea encontrar eria en casa de los padres; es robusta y tiene sugeto que la ama. Tanto raso en la calle del Barquillo, junto á la casa de Tomás Roque, núm. 6.º, crato de está.» Mediante este programa, ó sinceridad de él, por efecto de recomendaciones particulares, y prescindiendo el correspondiente ajuste, entre la Pasiega en casa de una familia opulenta, de un grande de España quizá, ó en el mismo palacio regio, con el objeto de suministrar á uno ó mas niños sucesivamente. Aquí se muda de domicilio, y hété á nuestra modesta convertida en ciudadana, perfectamente vestida y calzada, arriatando sedes, adornada de collares y pendientes de plata y oro, poseendo siempre en carretela tirada por jolinos

caballos, y halagada por todos los individuos de la casa como santo de devocion, ó muger próxima al parto. Bien mirado, el destino de estas paisanas que consiguen esta colocacion, es de lo mas seductor y próspero que puede concebirse, atendiendo á lo que eran en su cuna y educacion, á las ventajas de que disfrutaban, y á ciertas libertades de mucha trascendencia, que les son permitidas y hasta indispensables para ejercer su mision criadora. Está una costurera, una modista trabajando día y noche, y acaso no gana sino para una subsistencia rodeada de privaciones y dificultades; sucede á una soltera un percance ó consecuencia de una flaqueza ó de una gordura, y la sociedad la señala con el dedo; la Pasiega se rie de todo por mas que se halle soltera. El querido, el marido y los parientes tienen una cocuía. La Pasiega vive en casa del general D... ó del ministro F... ó del senador T... pide un destino de oficial de correos para un primo suyo, una intervencion de puertitas para su hermano; concedido, aunque sean mayores prebendas. No es la primera vez que resulta, que el agraciado no sabe escribir y apenas leer; mas eso no importa, tanto mejor para él, se molestará menos ó nada, y cobrará el sueldo lo mismo que si trabajase mucho; además, lo que había de hacer él lo hacen los compañeros de oficina, y todo viene á ser uno; prescindiendo de esto, el novel empleado no es tan tonto que no sepa decir, «yo no quiero servir el destino, sino que el destino me sirva á mí.» llega esta gracia, esta feliz ocurrencia á oídos de la Pasiega y del protector, y al punto le dan un ascenso, porque indudablemente el chico promete y va saliendo de chispa. ¡Y pudiéramos darnos por contentos con que no se manejasen otros resortes peores que estos para obtener empleos!...

Reunida en corro la familia espresa su admiracion hácia uno de los favorecidos. ¡Qué talento tiene Publicos! ¡cómo sube en sueldo y clase! A esto observá uno, que aquel no sabe leer ni escribir; y reponen á concierto los demás, ¿pues qué sería si supiese leer y escribir?...

Tales son los principales rasgos característicos de los Pasiegos, que he creidó dignos de ser notados. Estos habitantes constituyen una nacion enclavada en el territorio español; sus hábitos y costumbres ofrecen un sello particular que los distingue, y teniendo en cuenta sus cualidades de diversa índole, no sería difícil aprovecharlas y dirigir las en beneficio de la sociedad, arrancándolos de la pendiente del fraude y del crimen á que se ven arrastrados por circunstancias algun tanto inevitables.

Bilbao 16 de setiembre de 1848.

ANTOLIN ESPERON.

ADICION AL ARTICULO Teatro de Alarcon, INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Después de publicado en el número anterior el artículo sobre el teatro de Alarcon, se nos ha llamado la atencion por un amigo hácia una noticia de dicho poeta que se lee en los Avisos históricos de Don José Pellicer, insertos por Valladares en su Semanario erudito, y dice así: (Tomo 31, pág. 57.) «Avisos de 9 de agosto de 1659.—Murió Don Juan de Alarcon, poeta famoso, así por sus comedias como por sus corcovas, y Relator del Consejo de las Indias.—Cuya curiosa noticia aprovechamos con gusto para añadirla á las escasas que de aquel célebre ingenio dimos en nuestro artículo.

EL CUCLILLO.

(FÁBULA TRADUCIDA DEL ALEMÁN.)

(De Gallert.)

Hablando un Cuco con un Estornino al saber que hace poco hubo llegado de la ciudad, —refiéreme, pregunta, qué es lo que dicen de tu bello canto... ¿Y del de el Ruiseñor qué se susurra?... —Muchos le alaban, y llenan de aplausos... —¿Y de la Alondra?... su voz es simpática... —Uno le ensalzan, y otros han callado. —¿Sigue haciendo furor el dulce Mirlo?... —Aquí y allí de elogios le colmaron... —Ora me resta preguntarte solo, ¿qué opinion se ha formado de mi cántico?... —¡Qué, admirado responde el Estornino, no te puedo decir!... Nadie ha pensado

ocuparse de ti...—Por eso quiero ocuparme yo solo, y sin reparo hablar constantemente de mi mérito vengándome de necios y de ingratos...  
EL BARON DE ILLESCAS.

LÁPIDOS DEL CORAZON.

¡Veinte años, edad florida de ilusiones y placeres! deten tu marcha atrevida, que en cada paso que dieres vas acortando la vida;

Edad de gores y encantos tan ligeros como el viento, edad que en lígubres cantos plañirá con tristes llantos el gastado pensamiento;

Edad que quiere pasar y despues quiere volver, porque es la vida de amar, el mas seductor placer que sabe el hombre gozar;

Edad, brillante cadena de doradas ilusiones que á enmohecerse condena la misma aurora serena que aumenta sus eslabones.

No anheles el porvenir, corazón, desengañado vendrás mañana á sentir el camino que has andado en la senda del morir.

Que ese próximo mañana que la mente enloquecida por alcanzar tanto afano, convertirá una campana en un ayer de la vida.

Y ese ayer triste y sombrío que pasó no solo advierte, pues con su recuerdo irio hace temer mas la muerte al hombre menos impío.

Medita cuál van pasando las horas que van viniendo, y de esta vida menguando los instantes que volando la muerte nos van trayendo.

¡Cuánto menos mal hubiera si en nuestra mente grabada esta verdad estuviera! «De nada el hombre naciere para volver á la nada.»

Pero late, corazón, péndulo de mi existencia, que tu acompasado son ilumina mi razon avisando á mi conciencia.

EDUARDO GASSET.

JEROGLIFICO.

EL LE / a P  
FCYhBAcyT